Antonio Maria Sicari

NOS HA LLAMADO AMIGOS

Laicos y consejos evangélicos

ARCHA

Título original:
Ci ha chiamati amici. Laici e consigli evangelici
© 2001 Jaca Book, Milán

Traducción de

Maria Aránzazu Ruiz de Arcaute Diaz de Entre-Sotos

© 2015
Associazione Culturale Archa
Via Marconi 195 – 38057 Pergine Valsugana (TN)
archaassociazioneculturale@gmail.com
para la edición en español

1ª edición en lengua española
Abril de 2015

Foto de cubierta:
Alessandra Slucca, *La Iglesia* (2012)

Terminado de imprimir el 25 de abril de 2015
por Litotipografia Alcione – Lavis (TN - Italia)

ISBN 978-88-99036-01-0

Al Movimiento Eclesial Carmelitano,
primer destinatario de estas páginas:
«a lectione in dilectionem».

«Cristianos: cristóforos.
O llevaremos a Cristo contra el mundo,
o el mundo nos llevará a nosotros contra Cristo.
Estar bautizados no basta;
observar los mandamientos de Dios
y los preceptos de la Iglesia no basta;
conocer profundamente toda la doctrina católica no basta.
Lo esencial es que el alma nuestra
se haga tan pobre, y humilde, y casta,
que pase a transformarse en el pesebre de Belén;
porque solo entonces resplandecerá en ella Jesús».

(Domenico GIULIOTTI, *Polvere dell'esilio**)

* Edizioni Logos, Roma 1980, pp. 92-93.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 13

Capítulo I

LA VIDA NUEVA DEL CRISTIANO 15

1. La novedad se alimenta de amistad y la amistad se alimenta de diálogo 17
2. La nueva ley es la persona misma de Jesús 18
3. Tres consejos evangélicos 21
   «Consejos Evangélicos» y «Estado de Vida Consagrada» 23
4. El ejemplo de los mártires 26
5. Escuchar los consejos de Cristo para remontar a los Orígenes y comprender el Destino 28

Capítulo II

EL CONSEJO DE VIRGINIDAD «PARA EL REINO DE DIOS» 33

1. En el principio era la soledad virginal 35
2. En el principio era el don de la comunión 36
3. En el principio era el don del cuerpo sexuado 38
4. Soledad y comunión después del pecado 40
5. La espera de la salvación 42
6. La virginidad originaria del hijo de Dios 43
7. El comienzo de un mundo nuevo: María 44
   «El Señor es contigo» 46
   «El Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» 48
   «El Espíritu Santo descenderá sobre ti» 50

8. La realización de un mundo nuevo: Jesús 50
9. Esponsalidad eucarística 52
10. El hombre acogido en el mundo nuevo: José 54
11. El sacramento del «mundo nuevo»: la Iglesia 56
12. Ejemplificar el mundo nuevo: la virginidad de los consagrados 58

Capítulo III
EL CONSEJO DE VIRGINIDAD PARA LOS LAICOS 61

1. La virginidad radical de todo el creado 61
2. El consejo de virginidad dirigido a los laicos 62
3. Premisa de método cristiano 64
4. La cuestión del cuerpo sexuado 68
5. En el tiempo de la «espera» 71
6. La cuestión de la «soledad» en la relación conyugal 74
7. La cuestión de la «comunión» conyugal 77
8. La cuestión de la fidelidad en el cuerpo y en el alma 82
9. La cuestión de la «procreación» 83
10. Virginidad en la educación de los hijos 86
11. La edificación de la comunidad cristiana 89

Capítulo IV
EL CONSEJO DE POBREZA EVANGÉLICA 91

1. En el principio era la bienaventuranza de la pobreza 93
2. La pobreza enferma y asustada 95
3. «De rico que era...» 97
4. La riqueza de una Iglesia pobre 100
5. El consejo de pobreza en la vida consagrada 106

Capítulo V

EL CONSEJO DE POBREZA EVANGÉLICA PARA LOS LAICOS 111

1. La primera grata nueva 112
2. Una consciencia necesaria 113
3. El milagro del amor pobre 113
4. Experiencias de «rica pobreza» 116
5. Meditación sobre la Pobreza 125

Capítulo VI

EL CONSEJO DE OBEDIENCIA CRISTIANA 129

1. En el principio, la obediencia era libertad 130
2. La obediencia negada 132
3. «Cristo, siendo de condición divina...» 134
4. La libertad de una Iglesia obediente 135
5. El consejo de obediencia en la vida consagrada 137

Capítulo VII

EL CONSEJO DE OBEDIENCIA CRISTIANA PARA LOS LAICOS 139

1. Libertad de ser felices 139
2. Libertad como respuesta 142
3. Desorientación y falsa libertad 143
4. La existencia como obediencia 145
5. Obedecer a la vocación propia 148
6. Obedecer, educando a la obediencia 151
7. La obediencia a la Iglesia en la comunidad 154
8. La «obediencia espiritual» 155
9. La obediencia en nuestras cruces 156
10. La obediencia en el trabajo y en las relaciones sociales 158

11. La danza de la obediencia 160
12. Obediencia como oración 161

CONCLUSIÓN 165

TEXTOS BÍBLICOS PARA LA LECTURA Y LA MEDITACIÓN 167

1. Cómo pasar de la ley antigua a la ley nueva 169
2. Para reflexionar sobre el consejo de virginidad 177
3. Para reflexionar sobre el consejo de pobreza 181
4. Para reflexionar sobre el consejo de obediencia 187

PRESENTACIÓN

La reflexión acerca de los *Consejos Evangélicos* empezó en los primerísimos siglos de la era cristiana, y aún no ha terminado. El hecho de que en el Evangelio exista *una Voz* que pide no solo lo que está mandado, sino también lo que puede amistosamente *aconsejarse*, es una convicción que siempre ha llenado de gozo a quienes deseaban «consagrarse a Dios» de manera especial: así lo han intuido los mártires, las vírgenes, los monjes...

Sin embargo, los simples fieles cristianos han sentido al respecto una punta de amargura: si *todos* están llamados a «amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas», si *todos* están invitados a abandonarse completamente a Cristo, Señor y Maestro de vida, ¿cómo es posible decir que solamente *algunos* están llamados a seguirle «*más de cerca*», «*más íntimamente*»?

Es evidente que existe una diferencia entre el amor de los cristianos más generosos y el de los más tibios, mas ¿puede haber un «algo» que les distinga, basado en el estado de vida, por lo tanto en la vocación misma a la que el Señor les llama? Dejamos a los teólogos la tarea de explicar de qué forma un estado de vida puede y debe ser mejor: y no por la habilidad de sus miembros, sino, quizás, por la radiosidad con la que en él se manifiesta el misterio de la Iglesia entera. Y repetimos con fuerza que la santidad de cada uno depende de la intensidad del amor, cualquiera que sea la vocación que tenga asignada.

Es más, los simples fieles han intuido con razón, al defender su instintiva convicción, que los *consejos evangélicos* deben poder diri-

girse a todas las vocaciones y a todos los estados de vida. Sin embargo, la reflexión teológica sobre el tema ha sido lenta y laboriosa, limitándose a menudo al intento de exigir a todos por lo menos «*el espíritu de los consejos*». La realidad es a la vez sencilla y cautivadora: las tres grandes palabras con las que la tradición cristiana ha venido identificando los tres principales *consejos de Jesús* – virginidad, pobreza y obediencia – no expresan solo la posibilidad de seguirle en la llamada «vida consagrada», sino que antes describen la estructura original del ser humano, tal como salió de las manos sabias y previsoras del Creador. Son por lo tanto *palabras que aconsejan* a todos que emprendan el camino hacia aquel «principio» beatificante en el que cada uno ha sido pensado, querido y amado «*en Cristo Jesús*».

Las reflexiones que presentamos en este libro no han nacido del mero trabajo de estudio, sino que son el fruto de un diálogo vivo y vivaz entre consagrados y laicos[1] deseosos de aprender juntos cómo los consejos evangélicos de virginidad, pobreza y obediencia anuncian un nuevo *tipo humano*, una calidad de vida nueva que debe ser vivida y disfrutada por todos los cristianos, cada uno según su estado de vida.

Se trata de un trabajo de profundización doctrinal, fuerte del anhelo de experimentarlo concretamente, útil para todos los cristianos laicos, cualquiera que sea la «*patria espiritual*» (Movimiento, Asociación, Comunidad, Grupo) en la que el Espíritu Santo los reúne para gozar de la única Iglesia.

P. Antonio Maria Sicari

[1] La nueva edición italiana revisada y completada (*Ci ha chiamati amici. Laici e consigli evangelici*, Jaca Book, Milán 2001) – y traducida aquí – es el fruto del diálogo que ha continuado tras la primera edición de esta obra (*Laici e Consigli Evangelici*, Edizioni OCD, Roma 1999).

Capítulo I

LA VIDA NUEVA DEL CRISTIANO

Los cristianos son criaturas regeneradas por la gracia: los que toman conciencia de ello trascurren su vida como hijos deseosos de ser cada vez más conformes a Jesús, el Hijo único que el Padre ha enviado para la salvación del mundo.

El *Nuevo Testamento* habla a menudo de «nueva creación», «nueva criaura», «hombre nuevo», «vida nueva»; solemos entender estas fórmulas en el sentido ascético-moral, interrogándonos sobre aquellos comportamientos que deberíamos corregir, aclarar, mejorar, para hacer perceptible esa existencia renovada. Sin duda esto es importante, mas la novedad a la que apunta la Sagrada Escritura es mucho más radical: sucede todavía antes de que decidamos cambiar y renovarnos, y nos alcanza por sorpresa, cual un don.

Es más: es esa misma novedad la que nos brinda la fuerza para cualquier cambio ulterior. Se asemeja a la novedad que invade a unos padres cuando nace un hijo deseado por mucho tiempo; a la novedad que le sucede a un chico/chica que conoce a la persona de la que se enamora[1]; a la novedad que experimenta quien está solo y encuentra a un amigo verdadero.

---

[1] Dante escribió su *Vida nueva* («*Incipit vita nova*») y sabemos que el término latín «*nova*» puede significar bien «vida juvenil», bien «vida renovada»: mas en ambos casos, el inicio se halla marcado por el *milagro* del encuentro con Beatriz (con su saludo, con su sonrisa), ese milagro portador de salvación.

En la vida de los discípulos de Jesús, la novedad no fue solo la que se refleja en el cambio impresionante de su humanidad al cabo de esos pocos años de convivencia con el Divino Maestro, sino ante todo la que les fue donada, de pronto y totalmente, el día en que Le vieron en la orilla del mar de Tiberiades y contestaron a Su llamada, sin saber siquiera dónde Él les conduciría. Aquella amistad naciente ya albergaba en sí la semilla y el don de cualquier otra novedad.

La experiencia cristiana siempre se inicia con el milagro de un encuentro renovador que se produce en el momento en que Dios ya no es solo el Amo y Señor que nos gobierna con Sus mandamientos, sino que pasa a ser para nosotros el Esposo que llega para revelarnos todo su amor, para acogernos en su intimidad y regalarnos su propia vida. La novedad que se le pide al cristiano no es, por lo tanto, la de quien tiene que mejorar y redefinirse a cualquier precio, sino la del que quiere entregarse, cada vez más y cada vez mejor, a una relación de amor. Y es que el amor tiene su propia ley: la del *cada vez más.* El que ama a Jesús no se conforma con obedecer a Sus mandamientos, sino que quiere escuchar todo lo que puede ayudar al amor a crecer: todas las sugerencias, y todos los consejos[2]. Algunos ejemplos evangélicos nos pueden iluminar.

El publicano Zaqueo[3] encontró a Jesús estando cargado de pecados. La novedad no empezó con un cambio moral por su parte (renunciando al latrocinio y devolviendo lo apropiado indebidamente), sino con un ofrecimiento inesperado por parte de Jesús: «¡Quiero ir a tu casa!», ofrecimiento que le llenó de alegría. Zaqueo sacaría de este encuentro gratuito no solo la capacidad de observar de cumplir los mandamientos («¡No robes! ¡Devuelve aquello que no te pertenece!»), sino también aquella generosidad del *plus* ofrecido libremente por amor («Devolveré cuatro veces más y daré la mitad de mis bienes a los

---

[2] Existe una antigua y bella etimología (aunque no unánimemente aprobada) según la cual la palabra *consejo* se deriva de «*con-silere*» (hacer juntos silencio), como sucede entre dos personas que callan respetuosamente para esperar el uno la palabra del otro): el *mandamiento* admite la extrañeza y la lejanía entre quien manda y quien tiene que obedecer, mientras que el *consejo* supone amistad, diálogo, escucha recíproca. Además, el *consejo* se apoya en la entrega mutua.
[3] Cf. Lc 19, 2-8.

pobres»). Jesús no le había obligado a ello, mas Zaqueo sintió que aquella decisión sería de Su agrado: es decir, que Jesús se la aconsejaba amistosamente y que él, escuchando el consejo, pasaría a ser más amigo de Jesús.

El joven rico[4], en cambio, había observado todos los mandamientos e incluso tuvo la gracia de encontrar al Mesías; mas no le sucedió novedad alguna porque rechazó el amor con que Jesús le instaba a que abandonara todas las demás riquezas para seguirle a Él más de cerca.

La historia *nueva,* con sus *nuevos* mandamientos de amor, pudo comenzar para todos cuando Jesús, la última noche de Su vida, les dijo a sus apóstoles, que Le habían seguido hasta el final pese a su extrema fragilidad: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

Sobre ese *plus,* del que se alimenta la relación de amistad, es sobre lo que queremos centrar esta nuestra reflexión.

1. La novedad se alimenta de amistad y la amistad se alimenta de diálogo

Para entender el problema, es preciso dar un paso atrás e interrogarnos sobre la cuestión fundamental: ¿qué *novedad* nos ha sucedido con el Advenimiento de Jesucristo? ¿Qué significa propiamente convertirse en cristianos?[5]

Sabemos que el Creador ya puso su Ley en el mundo y en el corazón de cada hombre – en la *naturaleza*, por así decirlo – y que quien honra a Dios y pronuncia Su nombre con la veneración que merece, tendría que ajustarse a esa *ley natural.* La razón humana está suficientemente iluminada para comprender que le debe obediencia al Dios Creador, y para saber discernir la diferencia fundamental entre el bien

---

[4] Cf. Mt 19, 16-22.

[5] Mantenemos el discurso en el ámbito *cristiano,* sin olvidar que con la pertenencia a Cristo, lo *humano* es revelado totalmente a sí mismo y alcanza su plenitud. Por lo tanto, lo que aquí se dice se dirige a «cualquier hombre».

y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la justicia y la injusticia, si bien puede errar en algunas aplicaciones concretas. Aunque el pecado original ha hecho más difícil esta obediencia, no la ha hecho imposible, en particular porque la gracia de Dios ha seguido trabajando ocultamente en el corazón de los hombres.

Fue en el contexto de la Revelación judía donde la *ley natural universal* – recopilada en *Diez Mandamientos* – fue ofrecida como pacto de Alianza entre Dios y el pueblo elegido por Él. De este modo, la ley apareció más claramente como expresión de la Sabiduría y de la Bondad de Dios: las célebres *diez Palabras* (o «*diez Mandamientos*») le fueron reveladas a Moisés como expresiones de la pedagogía divina y como ofrecimiento de amistad con Dios.

Sin embargo, ya en el *Antiguo Testamento* toda la Ley tendía a resumirse en los *dos grandes preceptos de la caridad*, y la obediencia del hombre se pedía también, cada vez más, como amor. Así nos lo recuerda el bello episodio evangélico que relata un momento de verdadero entendimiento espiritual entre Jesús y un doctor de la Ley:

«Acercóse uno de los escribas (...) y le preguntó: "Maestro, ¿cuál es el primero de los mandamientos?" Jesús le contestó: "*El primero es: 'Escucha, Israel. El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas'*. El segundo es: *'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'*. No existe otro mandamiento mayor que estos". Le dijo el escriba: "Muy bien, Maestro; tienes razón al decir que Él *es único y que no hay otro fuera de Él,* y *amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a si mismo* vale más que todos los holocaustos y sacrificios"**.** Jesús, viendo que le había contestado con sensatez, le dijo: "No estás lejos del Reino de Dios"» (Mc 12, 28-34).

2. La nueva ley es la persona misma de Jesús

Es la encarnación del Hijo de Dios la que introduce en toda la Ley divina, tanto natural como revelada, una mutación sustancial que la hace *nueva*. La Ley antigua no se menoscaba en sus contenidos perma-

nentes de bondad, verdad y justicia, pero pasa a ser una cuestión de amor personal, de relación de amistad entre nosotros y el Dios que se ha hecho nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro Esposo.

Al revelarnos el rostro misericordioso del Padre, donarnos su propia vida de Hijo para conformarnos a Él e infundir en nosotros Su Espíritu Santo, Jesús logra que la Ley de Dios deje de ser un mero código que debe respetarse, no se limite ya a normas externas que deben cumplirse, sino que sea una Palabra henchida de autoridad grabada en nuestro yo íntimo.

Es más: le Ley pasa a ser la Presencia de la Santísima Trinidad en nuestro corazón: una presencia que nos habla, nos atrae, nos brinda un diálogo afectuoso y nos guía con vínculos de amor. Puede decirse que cada una de las tres Personas Divinas es la *ley* del cristiano, en el sentido que la relación amorosa con cada una de Ellas es normativa para él: para un santo (es decir, para un verdadero cristiano), *ley* es la amorosa voluntad del Padre atentamente buscada; *ley* es el ejemplo de Cristo fielmente imitado en cada acción; y *ley* es la guía del Espíritu Santo, a la que dócilmente se abandona en lo más hondo de su corazón. Se habla entonces de *Ley de la caridad*, que el discípulo tiene que aprender contemplando a su Señor y Maestro.

En 1236, Jordán de Sajonia, primer sucesor de Santo Domingo a la cabeza de la Orden de los Dominicos, aconsejaba a Diana de Andaló: «¿Te consuelas tomando en tus manos y leyendo el libro de la vida, el volumen de la ley inmaculada que convierte las almas y que a diario tienes ante los ojos de tu alma? Esta *ley inmaculada*, que limpia las manchas, es la *caridad*, escrita con hermosura incomparable en Jesús, tu Salvador, extendido en la Cruz como un pergamino, escrito con las heridas y pintado con su sangre piadosa»[6].

Esta *Ley nueva* – aunque Dios nos la haya escrito afeccionadamente en el corazón, con la presencia de Su Espíritu – ha sido expresada también en el Evangelio, sobre todo en el llamado *Sermón de la Montaña*, en el que encontramos la proclamación de las Bienaventuranzas[7]

---

[6] Bto. JORDÁN DE SAJONIA [1190-1237], *Cartas a Diana y a otras religiosas*, Editorial OPE, Caleruega (Burgos-España) 1983, p. 48.
[7] Cf. Mt 5, 1-12.

y la exhortación a los discípulos a que fuesen «sal y luz» del mundo[8], así como los numerosos consejos de Jesús acerca de la manera de interiorizar los mandamientos y de observarlos según la máxima intensidad posible[9], y sus indicaciones para que nos empleemos a «obrar el bien ante Dios», entregados en todo a la divina Providencia[10]. Por encima de todo domina la increíble sugerencia de que seamos, también nosotros, «perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). Todo ello son ejemplos de la forma en que Dios nos guía, interior y personalmente.

En la misma línea que el *Sermón de la Montaña* se inscriben aquellas indicaciones y aquellas enseñanzas diseminadas en otras páginas del *Nuevo Testamento* que presentan esa misma característica: la de *pedirlo todo.* Baste con recordar aquí la invitación a que cada uno «tome cada día su cruz»[11]; la exhortación a seguir a Cristo, incluso a costa de «odiar» a cualquier otro vínculo de parentesco[12]; la indicación de «venderlo todo» para comprar la perla preciosa[13]; la sugerencia de «parecerse voluntariamente a eunucos» por el Reino de los cielos[14].

Ya desde una primera lectura, no resulta difícil notar que estos consejos no resultan ser un *accesorio opcional* ni un «algo más» que se ofrece solamente a los cristianos mejores y más valientes. Al contrario, aparecen como la manera habitual en que Dios nos habla y nos pide con fuerza, desde dentro y desde fuera, que lo demos todo, que Le amemos «con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas» y que amemos a nuestro prójimo «como Cristo lo ha amado», o sea hasta dar nuestra misma vida.

¿Significa esto, pues, que en el Evangelio, no existe distinción entre *mandamientos* y *consejos*? Más que de una distinción, se trata de una puntualización: una vez afirmado que «la Ley nueva es la de la *caridad*» (y que, por consiguiente, todos los discípulos están llamados a la

[8] Cf. Mt 5, 13-16.
[9] Cf. Mt 5, 17-47.
[10] Cf. Mt 6.
[11] Cf. Mt 10, 38; 16, 24.
[12] Cf. Lc 14, 26.
[13] Cf. Mt 13, 46.
[14] Cf. Mt 19, 12.

perfección de la caridad)[15], se puede dar un paso adelante afirmando que los *mandamientos* enseñan a llevar a cabo los actos esenciales de la caridad y a eliminar lo que es incompatible con la caridad, mientras que los *consejos* enseñan a realizar también lo que favorece la caridad y a eliminar lo que podría obstaculizarla.

Favorecer de todas las maneras la caridad y eliminar cualquier obstáculo: eso es ciertamente un *plus*, pero no es un *sobreplus* ¡cuando lo que está en juego es el amor! Explicaba Hans Urs von Balthasar: «El tocado por el amor, no quiere tener reposo hasta no haber hecho lo extremo que él pueda a fin de ayudar a que el amor triunfe. Toda la ética del tocado por el amor se compendia en el siguiente axioma: es bueno y permitido para él lo que es compatible con la llamada de Dios a más amor; es malo lo que no concuerda con esa medida, aunque el mundo e incluso los cristianos lo consideren correcto y permitido moralmente»[16].

3. Tres consejos evangélicos

Cuando se habla de «consejos evangélicos», es importante pues evocar inmediatamente esta primera y fundamental exigencia del amor cristiano: a Dios, que nos ha dado todo sí mismo, tenemos que responderle dándolo todo. Sin embargo, para darlo todo, el único recorrido realista consiste en dar «cada vez más», escuchando los consejos amistosos (paternos, esponsales, amigables) que Él nos dirigió en Su Evangelio y nos propone nuevamente en el curso de la vida. He aquí una convicción que debe ser cultivada por todos los creyentes.

Mas no debe hacernos olvidar que la tradición cristiana, fruto de la meditación sobre el Evangelio, ha identificado principalmente *tres consejos (*virginidad, pobreza y obediencia) situándolos a la base de una particular forma de vida: la monástica y/o consagrada.

---

[15] Insistimos en que es en esta «*perfección de la caridad*» – y no en los estados de vida – en lo que consiste la santidad.

[16] Hans Urs VON BALTHASAR, *Estados de vida del cristiano,* Ediciones Encuentro, Madrid 1994, p. 322.

Con relación al consejo de *Pobreza* evangélica, la reflexión se ha centrado a menudo sobre el episodio del joven rico (episodio que se inscribe dentro de una auténtica catequesis sobre la pobreza)[17] y sobre la peculiar llamada a los Apóstoles a «dejarlo todo» para seguir a Jesús[18].

Con respecto al consejo de *Virginidad*, se ha venido concediendo una especial atención a las páginas del Nuevo Testamento que dan relevancia particular a la vocación de quienes «no se casan por el Reino de los Cielos»[19], manteniendo un «corazón sin división»[20]: en estos fragmentos se enseña que la relación – verdaderamente esponsal – del fiel con Cristo puede estrecharse hasta tal punto que les requiera a algunos que renuncien al estado conyugal para dedicarse entera-mente a Él y a Su Iglesia.

En cuanto al consejo de *Obediencia*, se ha preferido destacar aquellos textos en los que Jesús se revela como «hijo obediente y a la escucha constante de la voluntad del Padre»[21] (voluntad que Él considera como su «alimento»[22]) y aquellos en los que se narra la experiencia totalizadora de un grupo particular de discípulos (hombres y mujeres) que Le siguen, preocupados solamente por escuchar Su Palabra.

Por lo tanto, estos tres *consejos evangélicos* solamente los «*profesan*» explícitamente algunos cristianos. Sin embargo, es preciso no olvidar jamás que son importantes y válidos para todos. En efecto, son *consejos* que alcanzan las profundidades más radicales de la existencia humana[23]: descubrir esta «radical profundidad» – aunque sea a través de una comparación entre los diversos estados de vida – es un problema que afecta a todos los creyentes, e incluso a todos los hombres. Además, con el tiempo se aprende que todos los seres humanos tienen

---

[17] Cf. Mt 19, 16-26.
[18] Cf. Mt 19, 27-29.
[19] Cf. Mt 19, 10-12.
[20] Cf. 1 Cor 7, 25-35.
[21] Cf. Flp 2, 5-11 y Hb 10, 5-10.
[22] Cf. Jn 4, 34.
[23] Aprender a ahondar en la profundidad del propio yo y a «*darlo todo*» es una necesidad del ser humano como persona; el hombre solamente se siente realizado cuando logra percibirse como totalidad y hacer don total y definitivo de sí.

que hacer las cuentas, antes o después, con la virginidad, la pobreza y la obediencia *definitivas* de su ser.

«Consejos Evangélicos» y «Estado de Vida Consagrada»

El hecho de que en los escritos del Nuevo Testamento existan *consejos* que piden, a quienes quieren, un «plus de amor y de secuela» para con Jesús, es una afirmación que goza de una antiquísima y constante tradición.

Igual de antigua, la persuasión ampliamente difundida que estos consejos se acogen sobre todo por parte de las «personas consagradas» que hacen públicamente *voto* de castidad, pobreza y obediencia con el fin de permanecer en contacto estrecho y continuo con Cristo, para imitarle y obedecerle en todo y para dedicarse exclusivamente a la misión de Su Iglesia.

La propia Iglesia, al hablar de la especial vocación de los consagrados y de su respuesta a los «consejos evangélicos», se expresa precisamente con los términos *don*, *más*, *mejor*. Esto no es sino el reflejo de una convicción fuertemente radicada: el Designio de Dios Padre sobre todos los hombres en Cristo emerge de forma particularmente cautivadora ahí donde algunos de ellos son llamados a «seguir a Cristo más de cerca», a «conformarse a Él» incluso exteriormente, y a poner visiblemente su vida «al servicio del Reino de Dios».

Mas esto parece suscitar un problema serio: si es cierto que *todos los cristianos* son llamados a «amar cada vez más» a Cristo Señor, ¿cómo es que existe un «más» al que *no todos* están llamados? ¿Por qué no todos los cristianos están llamados a cumplir estos consejos evangélicos de los que se deriva este «plus»?

Si es cierto que Jesús nos dejó, con palabras y actitudes, algunos *consejos* para vivir más cercanos a él, ¿cómo puede un cristiano que Le ama (¡cualquier cristiano!) conformarse con solo lo que le está mandado? ¿No existe entonces el riesgo de perder esa misma novedad que nace del encuentro con Cristo – un encuentro hecho de amor, de diálogo, de sugerencias, de maduración, de ese continuo «plus» que desean todos los que aman y se sienten amados?

Antes de contestar a la pregunta, veamos cómo se expresa al respecto el Magisterio de la Iglesia. Así enseña el Concilio Ecuménico Vaticano II: «Los consejos evangélicos de la castidad consagrada a Dios, la pobreza y la obediencia, puesto que están fundados en las palabras y ejemplos del Señor y recomendados por los Apóstoles, por los Padres, doctores y pastores de la Iglesia, son un don divino que la Iglesia recibió del Señor (...). Por los votos, con los cuales se obliga el fiel cristiano a la práctica de los tres consejos evangélicos antes citados, se entrega totalmente al servicio de Dios sumamente amado, de tal forma que queda destinado con un nuevo título al servicio y gloria de Dios (...). La profesión de los consejos evangélicos aparece como un distintivo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vocación cristiana (...). El estado religioso imita más de cerca y representa perpetuamente en la Iglesia aquella forma de vida que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que dejó propuesta a los discípulos que quisieran seguirle»[24].

Más recientemente, la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* dice así: «En el Evangelio son muchas las palabras y gestos de Cristo que iluminan el sentido de esta especial vocación. Sin embargo, para captar con una visión de conjunto sus rasgos esenciales, ayuda singularmente contemplar el rostro radiante de Cristo en el misterio de la Transfiguración (...). Este episodio marca *un momento decisivo en el ministerio de Jesús*. Es un acontecimiento de revelación que consolida la fe en el corazón de los discípulos, les prepara al drama de la Cruz y anticipa la gloria de la resurrección. Este misterio es vivido continuamente por la Iglesia (...). Como los tres apóstoles escogidos, la Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no desfallecer ante su rostro desfigurado en la Cruz. En un caso y en otro, ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz. Esta luz llega a todos sus hijos, *todos igualmente llamados a seguir a Cristo* poniendo en Él el sentido último de la propia vida, hasta poder decir con el Apóstol: "¡Para mí la vida es Cristo!" (*Flp* 1, 21). *Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado* es cierta-

[24] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II [Roma, 1962-1965], Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* [21 de noviembre de 1964], 43-44.

mente la que tienen los llamados a la vida consagrada. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta *como signo y profecía* para la comunidad de los hermanos y para el mundo; encuentran pues en ellos particular resonancia las palabras extasiadas de Pedro: "¡Bueno es estarnos aquí!" (*Mt* 17, 4). Estas palabras muestran la orientación cristocéntrica de toda la vida cristiana**.** Sin embargo, expresan con particular elocuencia el carácter *absoluto* que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida consagrada: ¡qué hermoso es estar contigo, dedicarnos a ti, concentrar de modo exclusivo nuestra existencia en ti! (...). Precisamente de esta especial gracia de intimidad surge, en la vida consagrada, la posibilidad y la exigencia de la entrega total de sí mismo en la profesión de los consejos evangélicos (...). Abrazando la virginidad, [la persona consagrada] hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo unigénito, uno con el Padre (cf. *Jn* 10, 30; 14, 11); imitando su pobreza, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cf. *Jn* 17, 7.10); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la *obediencia* filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquél que se complace solo en la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4, 34), al que está perfectamente unido y del que depende en todo»[25].

Afrontemos pues brevemente la cuestión del carácter obligatorio o no de los consejos evangélicos.

Antiguamente, para aclarar la existencia de la vida consagrada al lado de la vida cristiana normal, tenían curso explicaciones más o menos simplistas como estas: en la Escritura están los diez mandamientos de Dios *(preceptos),* y hay también algunos *consejos,* de los que trata sobre todo el Evangelio como ya hemos visto. Todos los cristianos tienen la obligación de obedecer a los mandamientos, pero algunos están llamados a observar también los consejos de Jesús. Los primeros llevarán una vida más tranquila y normal, pero encontrarán cierta dificultad para hacerse santos; los segundos tendrán una vida más difícil, mas de sus filas saldrán numerosos ejemplos de santidad. Este modo de razonar bastante impreciso tuvo amplia difusión, si bien siempre se afirmó que todos pueden convertirse en santos según la

[25] JUAN PABLO II [1920-2005], Exhortación Apostólica Postsinodal *Vita Consecrata*, [25 de marzo de 1996], 14-16.

caridad con la que vivan, puesto que la santidad estriba en la plenitud de la caridad.

El Magisterio más reciente afirma de manera recurrente y fundamental que «todos en la Iglesia son llamados a la santidad»[26], y enseña la unidad de la vida cristiana y la igual dignidad de los diferentes estados de vida[27]. A partir de ahí, ha habido quien ha empezado a sentirse molesto con el tema de los «consejos», pensando que el uso de esta terminología seguía manteniendo la distinción entre dos clases de cristianos: los «comunes», a los que se les pide el mínimo indispensable, y los que pertenecen a una «élite espiritual».

Sensible a estas consideraciones, el Magisterio se ha puesto a insistir pesadamente sobre el hecho de que *todos los cristianos tienen que sentirse involucrados de alguna forma en el tema de los consejos evangélicos.* En general, se suele zanjar la cuestión con la siguiente aclaración: una cosa es *el estado de vida basado en los consejos evangélicos* (al que solamente están llamados algunos cristianos), y otra *los consejos en sí mismos*, que necesariamente afectan a todos los fieles puesto que todos son llamados a la novedad de la amistad con Cristo.

Nosotros opinamos que se puede – y se debe – ir más allá: los consejos evangélicos no solo se refieren a la vida cristiana en sus diversas opiones y/o vocaciones, sino que atañen a la propia *antropología cristiana,* ya que describen el modo en que Dios imaginó el hombre «*al principio*» (o sea: su Designio original) y expresan el contenido de esa revelación por la que Cristo «*reveló el hombre al hombre*».

4. El ejemplo de los mártires

El de los cristianos llamados al martirio es un ejemplo, mil veces realizado en la historia de la Iglesia, que puede ayudar a aclarar la cuestión de las relaciones entre *mandamiento* y *consejo.*

---

[26] Cf. *Lumen Gentium,* capítulo V, 39-42.
[27] Cf. JUAN PABLO II, Exhortaciôn Apostólica Postsinodal *Christifideles Laici* [30 de deciembre de 1988], 55-56.

Cuando San Tomás Moro fue encerrado en la torre de Londres[28], mientras esperaba su juicio le sucedió una experiencia que él mismo relata: alternaba momentos de preocupación con momentos de «*verdadera alegría*», precisamente porque sentía que podía por fin ofrecerle al Señor «*todo y ya*», bajo una forma inesperada que le habría sido imposible en su estado de vida matrimonial y en sus compromisos profesionales. En el desprendimiento violento de todos estos vínculos, tenía la impresión de descubrir, más allá de la maldad humana de la que era víctima, una especie de ternura con la que Dios le devolvía a sus años de juventud, haciendo resurgir en él una cierta atracción hacia la vida monástica. En realidad, intuía que se encontraba en una condición en que las distintas vocaciones y los diferentes estados de vida tendían paradójicamente a coincidir.

Vale la pena reflexionar más profundamente. Antes de que llegue el momento de la prueba suprema, los mártires son simplemente cristianos que han recibido de Dios una u otra vocación (son laicos o consagrados o sacerdotes), de diferente condición (edad, cultura, madurez espiritual). Y de pronto, son llamados a dar a Cristo el testimonio de la sangre. Cualquiera que sea su situación moral (pueden estar aún en los comienzos de la experiencia cristiana o haber recorrido un largo camino espiritual, pueden ser todavía frágiles interiormente o haber alcanzado casi la cima de la santidad), todos son colocados improvisamente ante el gran Mandamiento de la Caridad y delante del Consejo evangélico que pide perder voluntariamente su vida por Jesús.

El amor que se les manda ya no tiene tiempo para crecer pacientemente (en un «cada vez más» hacia el Todo), sino que tiene que ser ofrecido *ya, de forma total,* en un instante. Aquellos que son llamados al martirio deben observar al pie de la letra el primero y más grande de los mandamientos («Amar a Dios con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas») y cumplir el mandamiento del amor al prójimo en su forma más extrema (amar al prójimo reconociéndole hasta en quien les arrebata la vida).

---

[28] Tomás MORO [1478-1535], Canciller de Enrique VIII, se negó a jurar el *Acta de Supremacía* que reconocía al Rey como cabeza de la Iglesia de Inglaterra, y por ello sufrió el martirio en 1535.

Para alcanzar semejante absolutez, habrían necesitado un largo camino de maduración, ese camino de los mil *consejos* diseminados en el Evangelio para enseñarnos a crecer en la caridad.

Pues bien, Dios permite que para los llamados al martirio, este tiempo *ya no exista.* Es más: cualquiera que sea su estado de vida (hasta quien está casado, quien posee muchos bienes de este mundo, quien ha gozado hasta entonces de todas las libertades), todos tienen que profesar ex abrupto la más absoluta virginidad, la pobreza más radical, la más total obediencia, rebasando de manera inimaginable la propia experiencia de los *consagrados.*

Es la manifestación deslumbrante de cómo pueden coincidir, si Dios lo pide, la observancia de los mandamientos y la de los consejos evangélicos: ambas realizadas y superadas por una elección decisiva, la de experimentar con hechos que la persona de Jesús es «*Vida de la propia vida*», hasta el punto de que merece la pena morir con tal de no perderle a Él.

Esta posibilidad excepcional de verlo todo unificado y casi superado en la gran experiencia del martirio nos explica por qué la Iglesia ha coniderado siempre la vida consagrada como una suerte de *sustituto del martirio*, considerando que no es posible profesar los tres consejos de virginidad, pobreza y obediencia sin que la existencia entera sea ofrecida a Dios en holocausto.

5. Escuchar los consejos de Cristo para remontar a los Orígenes y comprender el Destino

Decían los primeros cristianos que el Hijo de Dios «nos ha traído toda novedad trayéndose a sí mismo». Esta novedad está toda bien expresada y encerrada en el Credo, ya desde el primer artículo en el que decimos: «Creo en Dios PADRE, Creador del cielo y de la tierra».

A continuación, el *Credo* enumera todos los artículos propuestos a nuestra fe. Pero también podemos leerlo *en continuidad*, leyéndolo como explicación y *relato* de la única revelación que nos trajo Cristo: la paternidad misericordiosa de Dios. Creyendo en el Padre celestial,

creemos en toda su obra maravillosa y la amamos hasta en sus más mínimos detalles.

- *Creemos* pues, que Dios lo creó todo con sabiduría y amor, y *creemos* que todo salió de sus manos sabiamente ordenado y rico de bondad.
- *Creemos* en particular que Dios se lo destinó todo al hombre, «la única criatura que Él quiso por sí misma», en la cual grabó su propia imagen, y *creemos* que Dios permanece presente «en el yo íntimo más profundo de sus criaturas».
- *Creemos* aún más que Dios creó al hombre «en la gracia de la santidad original», ofreciéndole una participación íntima en su vida divina.
- *Creemos* por lo tanto, que Él no quiso el mal y la muerte, sino que estos entraron en el mundo «por envidia del diablo» (Sb 2, 24) y por el pecado del primer hombre.
- *Creemos* que el amor paciente de Dios nunca dejó de ir hacia el hombre y de ofrecerle repetidamente su Alianza, hasta realizar – en la plenitud de los tiempos – una definitiva *redención* por medio de la sangre de su Hijo, muerto y resucitado, y por la efusión de su Espíritu Santo.
- *Creemos* que ahora, esta *redención* tiene que ser acogida libremente por «cada hombre», y que la Iglesia, con sus sacramentos, sus ministerios y sus dones, es el lugar familiar en el que Dios quiere hospedar a sus criaturas a medida que estas encuentran a Cristo, se dejan «librar del mal» y Le corresponden conscientemente «amor por amor».

Sin embargo, todo en el *Credo* depende de aquella única palabra inicial que Jesús repitió continuamente con toda intensidad: «*Abbá*» (¡Padre!), palabra que Él pronunciaba con toda la entrega de su ser, viviendo de tal forma que «conocerle a Él equivaliese a conocer al Padre». De hecho, cuando el discípulo Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta», Jesús contestó: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 8-9). Mas es particularmente importante recor-

dar y destacar este otro aspecto: Cristo, al revelarnos al Padre celestial y al llevar a cabo la misión de salvación que le había sido confiada por Dios, «*también nos ha revelado a nosotros mismos*»: nos ha revelado el Designio original con el cual fuimos hechos, y el Destino al que somos llamados[29].

Por lo tanto, al creer en Dios nuestro Padre y Creador, y en Cristo su Hijo encarnado y nuestro Salvador, creemos también necesariamente que no podemos comprendernos en profundidad – y realizar nuestro ser plenamente – si no encontramos de forma vital y personal a Jesús. La luz que surge de Cristo no solo ilumina la realidad tal como es ahora, sino que ilumina también la belleza original del Designio del Padre, ese designio que tiene que ser restaurado e incluso pasar a ser aún más glorioso y resplandeciente. La alegría del creyente, el deseo que le impulsa, que le lleva a adherir a la Iglesia con fidelidad, es el formar parte conscientemente de este Designio divino nuevamente restaurado.

Al hablar de los *consagrados*, se suele decir que profesando la virginidad, la pobreza y la obediencia, viven de modo a anticipar aquella meta final a la que todos los hombres y el mundo entero tienen que apuntar: la meta del último y definitivo amor; la meta de la última y definitiva pobreza para obtener la última y definitiva riqueza; la meta de la última y eterna obediencia de la criatura a su Creador. Esto es indudablemente cierto; pero igual de cierto es que los cristianos caminan *todos juntos* hacia esa meta, y caminan de manera paradójica, remontando hacia los orígenes. Juntos, tienen que identificar aquel designio original según el cual el Padre celestial los creó. Todos tienen que descubrir, desde este mundo, *las leyes del Paraíso:* las de la «integridad original».

---

[29] «Cristo..., en la misma revelación del misterio del Padre y de su Amor, *manifiesta plenamente el hombre al propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación» (CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual [7 de diciembre de 1965], 22).

Así empieza la santidad de todos, con esta común «remontada hacia los orígenes»[30]. Escribe poéticamente Gertrud von le Fort en uno de sus *Himnos a la Iglesia:* «Tus Santos... son como aguas en la pendiente de las montañas remontando hacia la Fuente»[31].

[30] Es preciso prestar mucha atención: los «orígenes» de los que se habla ahora no se refieren sólo al estado originario de la creación, sino también al Designio misterioso del Padre que «en Cristo nos ha elegido antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo» (Ef 1, 4-5).

[31] «Sie sind wie Wasser, die aufwärts fließen gegen die Berge»: Gertrud VON LE FORT [1876-1971], «Die Heiligen», *Hymnen an die Kirche* [1924]. Trad. esp.: *Himnos a la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1995.